



Concilio Vaticano II, una llamada de futuro

EMAÚS 103

D. Aleixandre
X. Basurko
F. Clua
J. M. Domingo
J. Gomis
A. Iniesta
J. Lligadas
P. Malla
J. Martín Velasco

CPL
editorial

**D. Aleixandre, X. Basurko, F. Clua,
J.M. Domingo, J. Gomis, A. Iniesta, J. Lligadas,
P. Malla, J. Martín Velasco**

Concilio Vaticano II, una llamada de futuro

Colección Emaús 103
Centre de Pastoral Litúrgica

Sumario

Una llamada de futuro	7
Pequeña historia de un Concilio inesperado (<i>Joaquim Gomis</i>)	9
Las siete principales adquisiciones del Concilio (<i>Josep Lligadas</i>)	31
Seis testimonios	51
“El Concilio visto por una juniora y su entorno” (<i>Dolores Aleixandre</i>)	51
Mi vivencia del Vaticano II (<i>Xabier Basurko</i>)	57
Cómo viví el Concilio (<i>Francesc Chua</i>)	63
El fuego y el rescoldo del Concilio (<i>Alberto Iniesta</i>)	66
Desde París (<i>Pilar Malla</i>)	69
Mi Concilio (<i>Juan Martín Velasco</i>)	74
10 textos antológicos del Concilio Vaticano II (<i>Josep M. Domingo</i>)	81
Los documentos del Concilio Vaticano II	111
Cronología básica del Concilio	113

Pequeña historia de un Concilio inesperado

El 25 de enero de 1959, último día de la semana de oración por la unión de los cristianos, en la basílica romana de San Pablo, Juan XXIII reunió a un pequeño grupo de cardenales y les dirigió lo que él denominó un *discorsetto*. Como si fuera lo más normal del mundo, tranquilamente, les anunció su propósito de convocar un Concilio ecuménico. Los asistentes quedaron desconcertados. Al día siguiente, el diario oficial de la Santa Sede, *L'Osservatore romano*, especializado en informar extensa y ampulosamente sobre todo lo referente al papa, escondía la noticia en un mínimo recuadro de letra pequeña. Y pasó días sin hablar del tema aunque la prensa mundial presentara el anuncio como una gran noticia. Años después, escuché como un monseñor romano, de apariencia piadosísima, murmuraba que “había sido un cuarto de hora de locura (*de follia*)” del papa. Ahora, a los cincuenta años del inicio del Concilio Vaticano II, sigue siendo un misterio qué impulsó al papa Roncalli a convocar inesperadamente y por iniciativa personal un Concilio. Un Concilio que nadie esperaba y que resultaría el acontecimiento más importante de la historia de la Iglesia contemporánea. El fin de una etapa de siglos, el inicio de un cambio de consecuencias aún imprevisibles.

El sorprendente Juan XXIII

Sólo hacía tres meses que los cardenales le habían elegido. Se puede decir que escogieron al cardenal más distinto a su antecesor, Pío XII. Este, por su figura y su talante, era un aristócrata, intelectual, autoritario, que consiguió reunir un prestigio universal con las críticas de quienes consideraban excesivo su monopolio de poder que llevaba a identificar la Iglesia católica con el papa. En el cónclave dominó la idea de que convenía escoger un cardenal más discreto, para un tiempo de espera, lo que se llamó “un papa de transición”. De ahí que los votos —quizá sin mucha convicción— fueran agrupándose en aquel cardenal ya anciano (76 años), ahora patriarca de Venecia después de muchos años de una discreta carrera diplomática, bastantes casi olvidado en Bulgaria y Turquía, luego en París. Nadie esperaba gran cosa de él, hijo de campesinos, rechoncho y amable, no valorado como un talento y sin experiencia romana, más aficionado a la historia que a la teología. Si dicen que el Espíritu Santo guía la elección de los cardenales —aunque no pocas veces no parece conseguirlo— en este caso les jugó una jugarreta genial. Eligieron un papa de transición que en los pocos años de su pontificado lo que promovió fue la transición, el cambio radical, en la Iglesia. Recuerdo que estando un servidor en Roma en los últimos meses de su pontificado, me sorprendía que muchos miembros de la Curia romana seguían considerándolo sólo como un buen hombre, de limitado talento, demasiado ingenuo, dominado por su entorno. Ahora, cuando ya son muchos quienes le consideran como el gran papa del siglo XX, el mejor conocimiento de toda su vida revela que la convocatoria del Concilio y la orientación que le imprimió era semilla presente en él ya desde muchos

años atrás. No fue un cuarto de hora de locura sino la epifanía de una honda convicción.

Lo escribía en su *Diario* cuando estaba olvidado como delegado vaticano en Bulgaria: “Nuevos tiempos, nuevas necesidades, nuevas formas”. Y ya antes, a los 22 años, descubre a san Esteban como modelo a seguir: “Fue el primero en intuir la idea universal de la nueva religión y se lanzó con audaz seguridad por un camino nuevo”. Uno diría que es lo que a sus más de setenta años realizaría cuando se sorprendió al constatar que ya había terminado su etapa de eclesiástico obediente a sus superiores y era él, como papa, quien debía decidir. Un camino nuevo. ¿Qué hacer? No es hombre de creer que él tiene todas las soluciones. Es hombre de confiar en los demás. Conclusión: convocar un concilio: que vengan todos los obispos y entre todos se busquen nuevos caminos. Su afición a la historia le lleva a recordar la importancia que han tenido en la Iglesia. Pero, al mismo tiempo, su atención a la realidad presente le inspira a una firme convicción: no es ahora tiempo de concilios para condenar sino para dar un salto adelante. Como le escuché decir improvisando en una pequeña parroquia suburbial de Roma: “Dicen que el papa es demasiado optimista, que sólo ve lo bueno. Pero yo no sé apartarme del Señor que más que en el ‘no’ insistió siempre en el ‘sí’”.

Un salto adelante. Ciertamente no era él el único en constatar que era necesario dada la situación de la Iglesia. Baste recordar lo que en la gran reunión de los católicos alemanes, el Katholikentag de 1966, decía el entonces joven profesor de teología Josef Ratzinger hablando de la realidad anterior al Concilio: “Los cristianos estaban ya cansados de que se les mirara como a gentes atrasadas y ajenos al mundo, y que éste se burlara de ellos. Existía

la decisión de vivir el cristianismo de acuerdo con este siglo y de sumergirlo en el mundo de nuestro tiempo. Quienes estaban animados de esta voluntad sentían una impresión penosa ante las encíclicas pontificias redactadas siempre en el estilo de la curia, con el lenguaje de la antigüedad decadente, lo mismo que ante una liturgia y unos pontificales cuyo estilo evocaba la Edad Media o el barroco y también ante una teología católica que no decía nada al hombre moderno”. Claro está que al mismo tiempo, altas jerarquías de la Iglesia, especialmente en la Curia romana, defendían todo lo contrario, sentían la Iglesia atacada por la modernidad, tanto en lo cultural como en lo político (el gran enemigo era el comunismo), necesitada de organizarse como lo que el responsable del Santo Oficio, el cardenal Ottaviani, denominaba “un baluarte” cuyo lema era *semper idem* (siempre igual).

Esevidente que entre una y otra posición, el valor de Juan XXIII al convocar un Concilio abierto a la libertad de palabra, implicaba un riesgo notable. Unos recibieron el anuncio con esperanza, otros con temor. Entre quienes tenían poder en la Iglesia –por ejemplo y sobre todo, la Curia romana–, dominaba el temor, aunque parecía que ellos eran mayoría entre los convocados a un Concilio que no deseaban. La esperanza estaba entre quienes desde años atrás trabajaban en los movimientos de renovación bíblica o litúrgica, en la nueva teología, en los intentos de nuevos movimientos de laicos especialmente entre los jóvenes (como la JOC). Pero la impresión general es que se trataba de una minoría, aunque fuera la que más sintonizara con Juan XXIII.

Mal preparado pero bien empezado

Hay un cierto misterio, no resuelto, sobre el tiempo de preparación del Concilio. Es decir, desde el 25 de enero de 1959 en que Juan XXIII lo anuncia hasta su inicio el 11 de octubre de 1962. El misterio es por qué dejó en manos de la Curia romana la parte mayor y decisiva de su preparación. Roncalli era un papa liberal, en el sentido que dejaba hacer, no se imponía. Pero al mismo tiempo era muy fiel a sus convicciones. Lo que cuesta entender es cómo confió a quienes no compartían su idea del Concilio su preparación (escuché que un dicho frecuente entre los miembros de la Curia era: “lo que es nuevo no es bueno, lo que es bueno no es nuevo”; un dicho que en absoluto compartía Juan XXIII aunque él no fuera un progresista sino un tradicional aunque libre y sobre todo evangélico).

Los encargados de preparar el Concilio fueron en su mayor parte eclesiásticos de la Curia romana o adictos a ella. Elaboraron un material inmenso, más de dos mil páginas, tres veces más páginas que las de todos los concilios anteriores, que en setenta proyectos de documentos —“esquemas” en el lenguaje conciliar— trataban prácticamente de todo pero repitiendo lo que entonces se consideraba la doctrina adquirida de la Iglesia oficial, sobre todo de los últimos papas. Imaginaban no sin notable ingenuidad, que los obispos que acudirían al Concilio lo aprobarían sin problemas. Y es justo notar que en la encuesta que Juan XXIII mandó que se realizara entre todos los obispos del mundo, también entre las universidades católicas, para que propusieran temas para el Concilio, el nivel mayoritario no era superior. Dominaba la insistencia en una concepción a la defensiva en la Iglesia, contra lo que se denominaba errores modernos. Por ejemplo,

entre los obispos de España, muchos se limitaban a pedir la condena del comunismo y la proclamación de algún nuevo dogma mariano. Poco más.

Cuando los primeros proyectos de documentos empezaron a llegar al papa y a los obispos, el panorama inició un cambio. Primero fue Juan XXIII que, sin entrometerse en los trabajos de preparación, recuperó la proclamación de lo que él pensaba debía ser el Concilio. Lo que sintetizaba con la palabra *aggiornamento* que quería significar poner al día, abrirse a los deseos de los hombres y mujeres. Y por ello pedía “un lenguaje claro”, mayor atención a lo pastoral que a lo doctrinal, insistir en el 'sí' (en lo positivo) y dejarse de condenas. Según la anécdota que en Roma circulaba en varias versiones pero en el fondo coincidentes, según la cual a varios interlocutores que le preguntaban sobre qué esperaba del Concilio, respondía abriendo la ventana mientras decía: “que entre aire fresco” (la versión más radical añadía: “y que se lleve todos estos papeles Tiber abajo”; “estos papeles” eran los documentos preparados por la Curia). Un mes antes del inicio del Concilio, en un mensaje a todo el mundo, insiste en que el Vaticano II debe dirigirse a todos y por primera vez utiliza una expresión que se hará famosa: “la Iglesia de los pobres” (“la Iglesia debe presentarse como lo que es y como quiere ser, como Iglesia de todos y en particular como la Iglesia de los pobres”). Al mismo tiempo, promueve que teólogos hasta entonces considerados peligrosos e incluso prohibidos por el Santo Oficio se incorporen a los trabajos preparatorios. Serán algunos de los que durante el Concilio adquirirán un protagonismo decisivo, como los alemanes Haering, Rahner y Ratzinger, los fran-

ceses Congar, Daniélou, De Lubac o Chenu, el suizo Küng, el holandés Schillebeeckx.

Al mismo tiempo, en estos últimos meses, también algunos prelados sobre todo europeos, se diría que despiertan del desinterés que hasta entonces habían mostrado —o de la creencia que tal era el dominio de la Curia y de los sectores más conservadores que no valía la pena intervenir— y emprenden iniciativas que tienen un común denominador: dejar claro que los primeros proyectos de documentos que desde Roma les han enviado no responden a lo que Juan XXIII había anunciado sobre el Concilio y casi todos son de una calidad ínfima. Son el belga Suenens, el canadiense Léger, el holandés Alfrink, el francés Liénart, el alemán Döpfner para citar algunos de los más conocidos y que luego serán también protagonistas del Vaticano II. La procedencia geográfica de la mayoría de estos obispos y teólogos da pie a lo que se convertirá en un tópico: el dominio de las iglesias centroeuropeas entre quienes empujaron el Concilio hacia nuevos caminos. Y, por otra parte, la coincidencia en que una de sus quejas fuera la escasa presencia del ecumenismo en los textos preparatorios, el abandono de la casi utópica llamada de Juan XXIII a preparar un Concilio que fuera un gran paso hacia la reunión de todas las Iglesias cristianas, consiguió que en Roma, entre quienes controlaban la mayoría de comisiones, adquiriera más relieve el Secretariado para la Unión de los Cristianos, su presidente el anciano biblista alemán y jesuita cardenal Bea y su secretario el holandés Willebrands. Ahora, cincuenta años después, uno ve con mayor claridad que en todo el proceso conciliar, estuvo misteriosa pero realmente presente un aliento espiritual, evangélico, que superaba las impericias humanas y hacía realidad las palabras de

Jesús: “Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños”.

El resumen sería que después de tantos meses perdidos –cuando sólo parecían conservar la esperanza en el Concilio cristianos que estaban al margen de su preparación, eso sí, junto con el bueno de Angelo Giuseppe Roncalli, aunque éste no se ocultara con clarividencia la difícil situación y confesara al cardenal Suenens: “Ya sé cuál será mi participación en el Concilio: el sufrimiento”– en las últimas semanas antes de su inauguración surge un replanteamiento no previsto. Ni quienes hasta entonces pensaban dominar la situación y haber desactivado la *folia* inicial de Roncalli están tan seguros ni quienes apenas esperaban nada del Concilio renuncian ahora a intentar que sea realmente “un salto adelante”. Aunque ni unos ni otros, y menos la mayoría poco informada y algo despistada, todos aquellos que aquella mañana del 11 de octubre de 1962, fiesta de la Maternidad de María, forman la larga procesión que lentamente entra en la basílica vaticana, más de dos mil obispos, también una cincuentena de observadores de otras Iglesias, unos doscientos expertos, teólogos y canonistas, más las autoridades invitadas, al final el papa, nadie sabe cuál será el desarrollo del acontecimiento. El de aquel día ya temen que será largo, aunque no tanto como realmente fue, más de cuatro horas. Luego, lo que seguirá, hay optimistas que piensan terminar antes de Navidad, la mayoría imagina que será necesaria otra sesión, pocos piensan que se prolongará durante cuatro años. Lo que ciertamente no saben ahora es que inician el acontecimiento más importante de la historia de la Iglesia contemporánea.

Una coincidencia sí que domina entre quienes están encerrados en la basílica (mejor nos lo pasamos quienes desde fuera podemos seguir libremente el larguísimo rito gracias a la excelente retransmisión de la televisión italiana). La coincidencia es el temor ante el discurso final de Juan XXIII. No por lo que pueda decir sino por su probable extensión. Es de todos sabido que Roncalli carece del don de la brevedad. Y después de tantas horas, amenizadas—es un decir—por los cantos también prolijos de la polifonía vaticana, lo normal es temer que el buen papa también se alargue. Y se alargó. Por ello pocos captaron entonces la importancia de sus palabras, decisivas para el Vaticano II. Uno de los mejores historiadores del Concilio, René Laurentin, lo confiesa: tardó meses en captar su verdadera importancia.

Un discurso programático y la rebelión de los obispos

Vale la pena resumir los puntos mayores de aquel discurso de Juan XXIII. No sólo decidieron el rumbo del Concilio sino que siguen conservando su vigencia para el camino de la Iglesia cincuenta años después. Resumen: primer punto, optimismo contra los pesimistas: disiente de los profetas de calamidades y defiende los tiempos modernos. “Nos parece justo disentir de los profetas de calamidades que en los tiempos modernos sólo ven prevaricación y ruina. La providencia nos conduce a un nuevo orden de relaciones humanas más allá de lo que se espera”. Segundo punto, es necesaria una nueva presentación de las verdades de la fe según la cultura moderna. Afirma que el Concilio quiere transmitir sin atenuaciones la doctrina cristiana. Pero añade que “nuestro deber no es sólo custodiar este tesoro, como si

únicamente nos ocupásemos de antigüedades” sino que es preciso proseguir sin temor el camino. “La tarea del Concilio no es discutir uno u otro punto de la doctrina... Para esto no era necesario un Concilio”. Hay que abrirse a los métodos de investigación y a la expresión literaria que exige el pensamiento moderno. “Una cosa es la sustancia de la antigua doctrina y otra la formulación de sus expresiones”. Y esto es lo que hay que buscar con una preocupación “prevalentemente pastoral”. Tercer punto, misericordia y no condena. Antes los errores que siempre hay, hoy la Iglesia “prefiere usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad”. Por eso, nada de condenas sino una Iglesia “madre amable de todos, benigna, paciente”. Cuarto punto, esperanzado trabajo por la unidad. Y Juan XXIII no puso límites a este deseo de unidad: entre los católicos, también con los cristianos de otras Iglesias, con los que profesan otras religiones, “hacia la unidad del género humano”.

Todo fue dicho con la mansedumbre que le era propia. No descalificó a nadie –sólo a los profetas de calamidades– pero con razón pudo afirmar el cardenal Lercaro que “de todos los proyectos que las comisiones preparatorias habían elaborado –a excepción del relativo a la reforma litúrgica– no quedó ni uno solo que no apareciese ya superado por aquel discurso inaugural”. Ya dije antes que Juan XXIII era sorprendente y tanto lo fue aquel día que bastantes dudaron que fuera el autor del discurso (algunos lo atribuyeron a Montini o a Suenens). Roncalli no quiso que se dudara de la autoría: “He escrito todo el discurso con *la farina del mio sacco*” (una harina que había empezado a almacenar en su pueblo de Sotto il Monte setenta años atrás). Muchos sabios quedaron desconcertados, pero el pueblo pareció comprenderlo y la noche

de aquel día, casi sin convocatoria previa, llenó la plaza de San Pedro –incluso y sobre todo el pueblo romano que es el que menos suele acudir a la plaza patrimonio de turistas y peregrinos–, obligando al anciano papa a salir a su ventana, a improvisar unas palabras amables y cordiales (“cuando volváis a casa, haced una caricia a los niños, es la caricia del papa”), el denominado luego “discurso de la luna”. Fue, de hecho, la inauguración real del Concilio.

Pero estaba por iniciarse el trabajo día a día de los padres conciliares, más de dos mil trescientos que desbordaron las expectativas de los organizadores romanos –pensaban que muchos obispos no acudirían quizás imaginando que como ellos mucho interés no tendrían– y a última hora tuvieron que añadir a los escaños previstos unas tribunas suplementarias (“entre el latín y el lugar alejado que me han otorgado, apenas entiendo nada”, me confesaba un divertido obispo norteamericano). Y como primer paso, elegir a las diez comisiones conciliares encargadas del trabajo fundamental de presentar los proyectos de documentos, revisarlos según la opinión de los obispos, redactarlos definitivamente. Quien dominara estas comisiones, controlaba el Concilio. Quienes hasta entonces habían dominado en los trabajos preparatorios –la Curia romana mayormente– presentó unas listas de miembros adictos a sus ideas convencidos que serían votadas por los obispos que se desconocían entre si. Me contó monseñor Manuel Bonet, un excelente sacerdote barcelonés y sin embargo miembro de la Curia –lo que demuestra que también hay excelentes curiales– que el día anterior le comentó a monseñor Pericle Felici la posibilidad de que las listas preparadas no fueran aceptadas. La reacción de Felici fue de absoluta incredulidad: él, secretario general

del Concilio, quien antes, durante y después tuvo mayor poder en el Vaticano II, aunque sólo fuera un buen funcionario canonista, no podía imaginar tal posibilidad. Y, sin embargo, sucedió. Cuando iban a iniciarse las votaciones, dos cardenales, el francés Liénart y el alemán Frings, pidieron su aplazamiento para que los diversos episcopados pudieran prepararlas mejor. La prensa italiana tituló *La ribellione dei vescovi, Il tempo del demonio al Concilio, Lotta feroce tra due tendenze...* De hecho casi milagrosamente se consiguió que aquellos centenares de obispos que apenas se conocían, consiguieran en unos pocos días elaborar unas listas más representativas, independientes, que lograron la mayoría de votos.

Tras lo cual, se hizo la paz. Dicho de otro modo, se consiguió que dominara la sensatez. Que, en concreto, significó que se aceptara por consenso aparcar los textos preparados y comenzar a trabajar por el único que se consideraba positivo y en el camino que había trazado Juan XXIII en su discurso: el dedicado a la liturgia y su renovación.

Paréntesis: resumen general del Vaticano II

Comenzaba así propiamente el trabajo del Concilio. Comenzaba lenta y prolijamente por la falta de un método experimentado. Se acumulaban y repetían las intervenciones de los obispos. Unos americanos –ellos debían ser– cuando sólo se había examinado un capítulo del proyecto de constitución litúrgica, calcularon mediante una máquina electrónica que de seguir aquel ritmo el Concilio duraría doscientos cuarenta años. Y aquí, quien esto escribe, también piensa que quizá se ha

extendido en exceso en lo dicho y que debería abreviar. Al fin y al cabo, lo más importante del Vaticano II no es el relato de lo que sucedió ni incluso el volumen de los textos que aprobó, sino lo que aportó a la Iglesia. Lo que uno de sus mejores historiadores, Giuseppe Alberigo denominó “el Concilio como acontecimiento”. Y de eso tratan ya con competencia otros artículos de este libro. Por eso, aquí y ahora, un servidor piensa que también él debe abreviar y resumir en este intento de recordar la historia del Concilio.

Ante todo, hagamos un resumen general. El Vaticano II comenzó el 11 de octubre de 1962 y terminó el 8 de diciembre de 1965. Pero los padres conciliares no estuvieron todo este tiempo reunidos en Roma sino durante cuatro sesiones, cada una de un par de meses en otoño. Entre una y otra sesión, continuaba el trabajo de las comisiones. Durante cada sesión, se celebraban cuatro o cinco asambleas semanales de todos los obispos para el debate y votación de los textos. Primero se presentaba y votaba el conjunto de cada documento (esquema, en el lenguaje conciliar) y si era aceptado se iniciaba su examen pormenorizado. Se volvía a votar por capítulos (excepcionalmente alguna cuestión concreta) con tres posibilidades: sí (*placet*), no (*non placet*) y *placet iuxta modum* (sí, pero con propuestas de algún cambio). Esta tercera posibilidad implicaba que la comisión correspondiente examinara las propuestas y decidiera sobre ellas. El proceso terminaba con una nueva votación de todo el documento en la que sólo cabía el sí o el no.

La sorpresa conciliar fue que, contra todo pronóstico, la que se suponía sería mayoría conservadora resultó ser minoría. Y la supuesta minoría renovadora, devino mayoría. De ahí que los resultados de las votaciones

resultaran rotundamente favorables a las posiciones renovadoras. Se puede pensar que aquello que dijo Juan XXIII en el discurso inaugural –no estamos aquí para repetir lo mismo, es preciso ir adelante, renovar la Iglesia– coincidía con el pensamiento de la mayoría de los obispos. Especialmente, con el de muchos de aquellos con los que no se había pensado al hacer pronósticos, los obispos sencillos por ejemplo de Africa o América Latina. En las intervenciones, en los debates, con frecuencia la presencia del sector conservador era muy superior a lo que luego demostraban las votaciones. Era un intento de reacción ante el creciente dominio de quienes deseaban una renovación. Con escaso éxito, incluso es posible que en ocasiones el numeroso grupo de obispos que podrían calificarse de centro, evolucionaran hacia la izquierda como reacción ante los excesos desmedidos de los conservadores (especialmente de algunos miembros de la Curia) . Y, por otra parte, aunque los debates eran teóricamente secretos, era fácil adivinar el peso de los que podemos denominar “figuras conciliares”, cardenales y obispos con especial prestigio que casi todos –por no decir todos– pertenecían al sector renovador. Me comentaba uno de los teólogos presentes como experto: “El secreto me obliga a callar lo que allí se dice pero no lo que se hace. Por eso puedo contar que según quien toma la palabra, aumenta inmediatamente el número de padres conciliares que se levantan camino de los lavabos o del bar, mientras en otros casos, nadie se mueve”. Eran los primeros tiempos dedicados a la constitución sobre liturgia y las intervenciones en defensa del latín se hacían interminables con especial insistencia de algunos obispos españoles que pronto adquirieron fama de pesados. Las discusiones las acabó un joven obispo auxiliar africano, Joseph Malula (que luego llegaría a cardenal): con

intrépida energía invitó a los defensores del latín a ir a celebrar a su iglesia. No obtuvo respuesta.

Ya al final de la primera sesión, aún con Juan XXIII, se decidió una radical simplificación de la multitud de esquemas preparados. La poda prosiguió con Pablo VI quien además reformó el reglamento de los debates para agilizarlos. En mi residencia sacerdotal, en el pasillo de las habitaciones, había unas papeleras de muy notables dimensiones y me sorprendió descubrir que periódicamente se llenaban de textos conciliares supuestamente secretos: eran algunos de los setenta esquemas preparados que nunca llegaron al aula conciliar (y por lo que leí, con razón: parecían copia de los más triviales textos que uno había padecido años atrás en el Seminario). No me costó averiguar que dos indios, sacerdotes bolivianos secretarios de sus obispos durante el Vaticano II, no dudaban en utilizar aquellas papeleras como sepultura del Concilio que algunos habían preparado y que nunca llegó a puerto. Por otra parte, Pablo VI, de acuerdo con algunos de los cardenales europeos que más influían en el Concilio, como el belga Suenens y el alemán Doepfner, reorganizó el material que quedaba por trabajar de modo que se centrara en dos preguntas: Iglesia, ¿qué dices de ti misma? E Iglesia ¿qué dices al mundo? La segunda pregunta correspondía a la constitución no prevista, que poco a poco fue surgiendo ante las voces de quienes decían que el Concilio no se preocupaba por los problemas de la sociedad, y que terminó siendo la Constitución sobre la Iglesia en el mundo (*Gaudium et spes*).

Las otras tres constituciones –es decir, los documentos oficialmente más importantes– fueron la *Lumen Gentium* sobre la Iglesia como pueblo de Dios, la *Dei Verbum* sobre la Palabra de Dios, y la *Sacrosanctum Concilium*

sobre la liturgia. A la tarea de los obispos se dedicó el decreto *Christus Dominus*, a los sacerdotes el decreto *Presbyterorum ordinis*, a los seminarios el *Optatum totius*, sobre los religiosos el *Perfectae caritatis*, al apostolado de los laicos el *Apostolicam actuositatem*, a las Iglesias orientales el *Orientalium ecclesiarum*, *Ad gentes* a la actividad misionera, sobre el ecumenismo el decreto *Unitatis redintegratio* (que incluye la afirmación que existe una “jerarquía de las verdades” en la fe según estén más o menos próximas al núcleo de la revelación, lo que abre el camino al diálogo entre las distintas Iglesias y dentro de cada una de ellas), sobre los medios de comunicación el *Inter mirifica* (el texto conciliar que suele considerarse de menor calidad). Finalmente, tres declaraciones: la más relevante, polémica entonces, *Dignitatis humanae*, sobre la libertad religiosa (contra la que lucharon autoridades españolas tanto políticas como eclesiásticas), la *Gravissimum educationis* sobre la educación de la juventud, y la *Nostrae aetate* sobre la relación con las religiones que incluye un capítulo entonces también polémico sobre la religión judía. De todos estos documentos sin duda los decisivos, los de mayor altura y que expresan el espíritu conciliar son las cuatro constituciones, mientras que la mayoría de decretos son más textos de compromiso (entre el material que había preparado la Curia y el nuevo espíritu que se impuso en el Concilio). De las declaraciones destaca la dedicada a la libertad religiosa por el cambio que representó en la teoría y la práctica católica, lo que se denominó el fin de la Iglesia constantiniana es decir, de la Iglesia como poder social.

Del papa Juan al papa Pablo

Un Concilio es la mayor expresión de democracia en la Iglesia. Aunque sea una democracia limitada a los obispos. Pero ello no significa que en la práctica actual –no en los primeros siglos– no sea el papa quien lo convoca y quien confirma sus decisiones. Y quien de algún modo tutela su desarrollo. Por eso, recordando el Vaticano II, conviene mencionar el papel del papa Juan y el del papa Pablo. Del primero ya hemos hablado, decisivo por haberlo convocado, por unir una discreta ausencia en su preparación con una audaz intervención programática en su discurso inaugural. Terminó la primera sesión y él ya se sabía gravemente enfermo. Pero no dejó de influir en el camino del Vaticano II. En primer lugar, con su encíclica *Pacem in terris*, dirigida a todos los hombres de buena voluntad. En aquellos tiempos de confrontación –la denominada “guerra fría”– consiguió una universal buena acogida, probablemente fue el documento papal con mayor y mejor eco del siglo XX, y cincuenta años después sigue vigente, incluso profética (por ejemplo, en su deseo de conseguir un gobierno universal al servicio de la paz y la justicia). Después de la *Pacem in terris* se hizo evidente que el Vaticano II no podía limitarse a hablar de temas intraeclesiales y debía abrirse a la problemática de todos los hombres. Fue el desencadenante de la Constitución *Gaudium et spes*.

Pocas semanas después fallecía en paz, rodeado por un respeto y amor mundial, el calificado “papa bueno”, “papa del pueblo”. Fallecía en paz pero no sin alguna duda: “Después de mí, ¿se obrará de otra manera? No es asunto mío”. Pero reunió alrededor de su lecho de muerte a sus más íntimos colaboradores y les comunicó su testamento: “Ahora más que nunca, más que en los

siglos pasados, nosotros estamos ocupados en servir al todos los hombres, no sólo a los católicos. Estamos ante realidades nuevas, como dije en el discurso de apertura del Concilio”. Y la gran afirmación: “No es el evangelio el que cambia. Somos nosotros los que comenzamos a comprenderlo mejor... Ha llegado el momento de reconocer *los signos de los tiempos*, de captar su oportunidad y mirar lejos”. Se ha dicho que fue en aquellas semanas cuando se alcanzó –en la historia moderna– el punto máximos de “crédito” de la Iglesia católica ante el mundo.

Claro está que había discrepantes. El monseñor romano encargado según el ritual del sermón a los cardenales antes del cónclave no dudó en hacer una caricatura del papa bonachón y en proponer un aplazamiento del Concilio. Este era la gran cuestión que se planteaba para escoger al sucesor. Al quinto escrutinio se eligió a Giovanni Battista Montini, Pablo VI, entonces arzobispo de Milán pero que había pasado casi toda su vida sacerdotal en la Secretaría de estado del Vaticano como gran colaborador de Pío XI y sobre todo de Pío XII. Hombre de la Curia pero poco apreciado por ella. Un monseñor con alto cargo en una Congregación romana, tan culto y elegante como radicalmente conservador nos dijo pocos días antes a Joan Llopis y a un servidor (nos tenía una sorprendente confianza): “Si sale Montini *me ne vado*”. Le objetamos para provocarle que otro candidato italiano, Lercaro, era más progresista pero rápidamente respondió: “Lercaro es un lírico, Montini es un *furbo* (taimado, astuto)”. Salió Montini, su primera decisión fue continuar el Concilio, dijo aquello que “el testamento de Juan XXIII no puede quedar encerrado en su sepulcro”, pero nuestro monseñor amigo no se fue

e incluso ascendió en su carrera (Pablo VI, en una de sus primeras decisiones determinó que la Curia debía reformarse como habían pedido muchos padres conciliares, pero que no sería el Concilio quien lo hiciera sino ella misma; el resultado es que se cumplió otro dicho romano: “El Concilio pasa, la Curia permanece”).

Ya insinué más arriba que Pablo VI tuvo una práctica más intervencionista que Juan XXIII, en muchos casos de acuerdo con los cardenales que he denominado “figuras del Concilio”. Gracias a ello se agilizó el trabajo y se consiguió mayor coherencia en el conjunto de documentos. No puede dudarse que Montini se podía situar entonces –en la segunda parte de su pontificado evolucionaría hacia posiciones más conservadoras– como un convencido miembro del sector renovador. Pero como papa se sintió responsable de conseguir la unidad en el Concilio, de modo que no pareciera que había vencedores y vencidos. Aumentó especialmente en la tercera sesión, en el otoño de 1964, su intervención para contentar al sector más conservador que puesto que perdía en las votaciones recurría directamente al papa para inclinar la balanza a su favor.

El resultado de todo ello fue con frecuencia ambivalente, a medio camino entre unas y otras posiciones. De ahí que hoy sea casi un tópico afirmar que muchos textos del Vaticano II son un compromiso entre progresistas y conservadores (de modo que cada uno puede citar lo que le gusta y callar lo que le disgusta). En mi opinión –y creo coincidir con los mejores estudiosos del Concilio– este tópico es eso: un tópico. Es decir, una exageración de lo que se da en algunos casos. Pero una lectura global de los documentos más relevantes del Vaticano II no deja dudas sobre sus opciones básicas,

las que le caracterizan y definen. El Vaticano II nunca se contradice a sí mismo aunque en ocasiones deje a medio camino seguir adelante en el desarrollo de sus afirmaciones fundamentales. En estos casos –como la experiencia de estos cincuenta años enseña– lo normal es que se produzca lo que Annibale Bugnini, hablando del uso de las lenguas vivas en la liturgia, más allá de lo previsto en la letra conciliar, define como “interpretación extensiva”. Son semillas que sembró el Vaticano II y que se han desarrollado más allá de lo entonces previsto.

Sin embargo, para terminar este repaso, no estará de más recordar que Pablo VI sustrajo dos cuestiones a los padres conciliares y se las reservó para su decisión: la referente a los métodos de control de nacimientos y la del celibato sacerdotal. Cincuenta años después siguen sin resolver.

Frutos antes de terminar

Cuando las tareas conciliares aún seguían, el Concilio empezaba a vivirse con singular esplendor en las iglesias de todo el mundo. Creo que esto es importante. Porque lo vivía su principal destinatario, el pueblo cristiano. A quien importaban poco las últimas disputas entre los padres conciliares que ya en la última sesión habían aprendido a trabajar con notable rapidez y con la convicción unos, los más, que ya se había conseguido lo más importante, mientras otros, los menos, se dividían a su vez en dos grupos: los que con ejemplar disposición se “convirtieron” al Concilio aunque antes tuvieran otras opiniones –y puedo dar fe de que los hubo, que conocí

a algunos de ellos— y los que se consideraron vencidos, se negaban a aceptar lo que incluso el papa había confirmado y como el obispo francés Marcel Lefebvre afirmaban que el Vaticano II había sido “una inmensa catástrofe, el mayor escándalo que ha existido jamás en la historia de la Iglesia” y se disponían a emprender el contraataque, aunque muchos con más discreción o astucia que Lefebvre.

Pero lo importante, decía, fue que ya el Concilio se vivía como una realidad. Desde aquel 7 de marzo de 1965, primer domingo de Cuaresma, en que en las iglesias se empezó a celebrar la misa en la lengua de los asistentes, se leyó la Palabra de Dios más extensamente, el sacerdote ya no actuaba de espaldas. El cambio había llegado y el cristiano normal, el que no había podido entrar en la basílica vaticana para expresar su opinión, lo agradecía. Lo demás vendría después pero quizá ya no era tan relevante.

El Vaticano II concluyó el 8 de diciembre de 1965 con una celebración ya más sencilla que la inaugural (y el gregoriano que todos sabían cantar substituyó la polifonía de unos pocos). El camino, hoy, sigue adelante.

Joaquim Gomis

Director de la revista “Foc Nou”

..